

TECE

BAN

AAA

VVV

C



Biblioteca Universitaria de Granada



01113627

B
20
283

TULO EXCLUIDO
DE PRÉSTAMO

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20

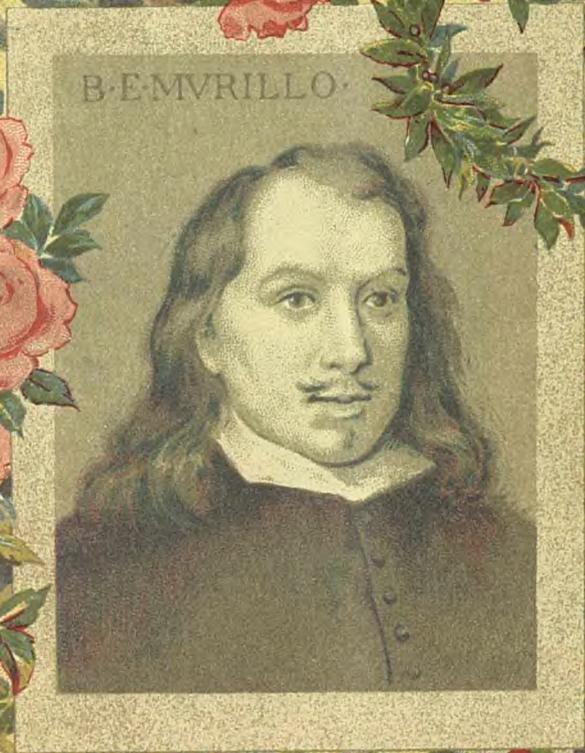
B

28

283

TÍTULO EXCLUIDO
DE PRÉSTAMO

FLORES



Y FRUTAS



BIBLIOTECA



IBERO-AMERICANA



R. 4446-2

Teodoro Baró

FLORES Y FRUTAS

CUENTOS PARA NIÑOS



850519
877042

BARCELONA. — 1895

LIBRERÍA DE ANTONIO J. BASTINOS. — EDITOR
Calles de Pelayo, 52 y Concejo de Ciento, 306

ES PROPIEDAD DEL EDITOR



LA HIEDRA

RAFUELITO tenía un humor muy negro porque su padre le había castigado. Verdad es que el castigo no es cosa agradable y que ponga la cara alegre, pero también lo es que los niños deben portarse bien para que los padres no se vean obligados á recurrir á tan duro trance, que siempre lo es para ellos castigar á sus hijos. Rafaelito daba motivo, cuando menos dos veces por semana, á que le aplicasen una corrección.

Figuraos que un día se le antojó coger á Minina,

una gatita de pelo blanco con una mancha negra en el lomo y otra en la oreja derecha; y mientras la tenía en sus rodillas, le ató traidoramente á la cola un cordel del cual pendía una sartén inservible. Luego puso á Minina en el suelo y dió unas cuantas palmadas y patadas acompañadas de gritos que produjeron su efecto, pues la gatita escapó; y como la sartén rebotara por encima de los ladrillos con ruido estridente, Minina se asustó y echó á correr hacia la calle. A su vista y á los golpes de la sartén sobre el empedrado, los perros emprendieron su persecución dando desaforados ladridos, y en breves instantes corrieron todos los del pueblo detrás de la pobre gatita, que no sabiendo dónde hallar amparo, salió al campo y subióse á un árbol en busca de refugio. Precisamente aquel árbol era una higuera en la que estaba encaramado su propietario cogiendo higos. El buen hombre oyó el estrépito de la sartén al golpear el tronco; se espantó; y como el miedo no le permitiera ver qué era lo que por el árbol subía, más bien se dejó caer que se bajó, con riesgo de desnucarse. Dióle alas el pánico y comenzó á vocear diciendo que había encima de la higuera una espantosa fiera que tenía escamas de acero que sonaban como cadenas. Todas las puertas del pueblo se cerraron y los hombres se asomaron á las ventanas armados de escopetas, que cargaron con bala por si la fiera se presentaba; aumentando la creencia de que se trataba de un animal monstruoso, los ladridos de los perros, que formaban círculo amenazador al rededor del árbol donde Minina se había refugiado.

Otra vez fué Rafaelito á casa de Josefina, una mujer de muy mal genio, y deteniéndose al pie de la escalera para que la mujer, que estaba en la cocina, no pudiese verle, gritó fingiendo la voz:

— Señora Josefina...

— ¿Quién es?

— Soy el aprendiz del droguero, y me ha dicho mi amo que cuando le paga usted aquella libra de azúcar que le tomó al fiado.

— Nada le debo— chilló Josefina.

— Ya me ha prevenido que contestaría eso; pero me ha ordenado le diga que si no le da los cuartos, mandará el alguacil.

— ¡Desvergonzado! ¡Con alguaciles á mí...!

No oyó Rafaelito el resto de las exclamaciones, porque echó á correr. Y Josefina, que estaba en muy malas relaciones con la mujer del droguero, porque un día ésta había dicho si aquélla era fea, fué á la tienda hecha un basilisco y armóse la gorda entre el marido y la mujer y la vecina, con gran contentamiento de Rafaelito, que presenciaba la escena desde la calle, y con suma indignación del droguero, que no sabía de qué le hablaba la señora Josefina.

En el pueblo, cuyas costumbres eran patriarcales, vecinos que debían madrugar tenían la de poner piedras en el umbral para que el sereno supiese á qué hora debía despertarles golpeando la puerta con el chuzo. Si querían levantarse á la una, dejaban una piedra; si á las dos, dos piedras. Este proceder era muy primitivo y descansaba en la buena fe; pero como la de Rafaelito naufragaba con frecuencia en las tempestades de la travesura, á veces se permitía poner piedras para que madrugara quien se había hecho el propósito de dormir á pierna suelta. Llamaba el sereno; despertaba la víctima creyendo que ocurría alguna novedad y se dirigía con sobresalto á la ventana, cuyo postigo abría, y preguntaba:

— ¿Quién es?

— Levántate— contestaba el sereno.

— ¿Qué ocurre?

—Que es la hora.

—¿Qué hora?

—La de levantarte.

—Pero ¿por qué he de levantarme?

—Si nada tienes que hacer—replicaba el sereno,

—¿por qué has puesto las piedras?

Entonces se descubría la burla, y mientras el uno se volvía á la cama refunfuñando, el sereno se marchaba muy poco satisfecho, pues á nadie le gusta ser instrumento de bromas de mal género. Por cierto que Antonio, el panadero, que fué objeto de las travesuras de Rafaelito, pilló un aire tan fuerte que le dió una pulmonía y estuvo muchos días entre la vida y la muerte; lo cual demuestra que si la broma digna y culta es tolerable, otras burlas que parecen inocentes pueden convertirse en crímenes.

No recordó qué fechoría cometió Rafaelito el día que su padre le castigó privándole de salir á paseo, pero sé que el niño estaba muy contrariado; y como al extremo de la calle viera el bosque y se sintiera atraído y con deseos de correr por entre los árboles, se fué acercando á la puerta, andando de puntillas por no meter ruido; se escurrió, y á los pocos instantes se halló en campo libre. Antes de entrar en el bosque encontró una mujer que iba con su borrico y cantaba:

El niño que á sus padres
desobedece,
de sus defectos víctima,
al fin perece.
¡Arre, borrico,
que no es malo ni feo
mi pequeñito!

—Parece que lo dice por mí—pensó Rafaelito.

Como la mujer pasase muy cerca de él, el fugitivo exclamó:

—Mucha carga lleva el burro.

—Más pesa una falta—contestóle la mujer.

Siguió Rafaelito su camino, y cuando estuvo en el bosque se encontró con un hombre que llevaba sobre sus espaldas un haz de leña. Iba caminando y cantando:

—Son las culpas más amargas
que la espuma de la mar.
Sólo goza de la dicha
el que no peca jamás.

—¡Qué manía por cantar le da hoy á todo el mundo!—murmuró Rafaelito.

Al estar cerca aquel hombre, le dijo:

—Mucho pesa la leña.

—Más pesan las culpas—le contestó.

—¡Qué manera de contestar tiene esa gente!—se dijo Rafaelito algo preocupado.

Olvidóse pronto de lo que había oído, pues comenzó á corretear por el bosque, y cuando estuvo cansado se sentó al pie de una encina y al poco rato se fijó en un reguero formado por numerosas hormigas que se metían en un agujero, cada cual con su provisión.

—Es admirable lo que hacen estos insectos—pensó el niño.—En verano acopian para el invierno y pasan la vida tranquila.

Las hormigas debieron adivinar su pensamiento, pues una de ellas le dijo, mientras iba metiendo dentro del agujero un grano de trigo:

—¿Sabes por qué es admirable lo que hacemos y porqué pasamos la vida con tranquilidad? Pues se debe á que cuando jóvenes obedecemos á nuestros padres é hicimos lo que nos mandaron.

Levantóse Rafaelito y se alejó de allí. A los pocos pasos vió un jilguero que saltaba de rama en rama

y parecía dirigirse á él con sus trinos. Prestando atención creyó comprender el lenguaje del pájaro, pero no debió serle agradable porque puso mal gesto y continuó andando. El jilguero arrancó el vuelo, y tomándole la delantera se posó en una rama muy alta y comenzó á gorjear lo siguiente:

—Lo que canta el jilguerito,
si quieres te lo diré:
canta que el niño que es malo
dichoso no puede ser.
Pí, pí, pí, pí.
¡Qué malo es el chiquitín!

Muy cabizbajo siguió su camino, y á los cinco minutos llamóle la atención un ruido seco que oía á corta distancia. Fué hasta allí y vió un leñador en ademán de descargar el hacha sobre un árbol muy hermoso, de frondosas y verdes ramas. Cayó el hacha y el árbol lanzó un quejido.

—¿Por qué cortas este árbol tan lindo?—preguntó Rafaelito.

—No me he propuesto cortarlo.

—¿Pues qué haces?

—Destruir la hiedra que comienza á enroscarse en el tronco.

—¿Qué daño causa?

—Parecida pregunta se hacen los niños cuando sus padres les castigan—contestó el leñador,—porque los chiquitos no se dan cuenta de lo que dañan á los demás ni de cuán grande es el daño que á sí mismos se hacen.

Rafaelito principió á sospechar que aquel hombre tenía razón, pero añadió:

—Es lástima que cortes una planta tan hermosa como la hiedra.

—También son á veces hermosos los defectos—

contestó el leñador—y matan, como la hiedra mata-
ría á este árbol.

—Pero el árbol se ha quejado, prueba de que le has lastimado.

—Leñador—dijo el árbol,—no hagas caso de las palabras de ese niño. Más vale que hoy lance algunos quejidos al recibir el castigo del hacha que me libraré de la hiedra, que no que muera mañana ahogado en sus brazos.

—¿Has oído? También los vicios ahogan; si el castigo mortifica, en cambio nos libra de sus terribles consecuencias y de la perdición.

El leñador cogió del brazo á Rafaelito y le llevó delante de un árbol corpulento, cuyo tronco desaparecía cubierto por la hiedra.

—¿Ves sus ramas?—le preguntó.

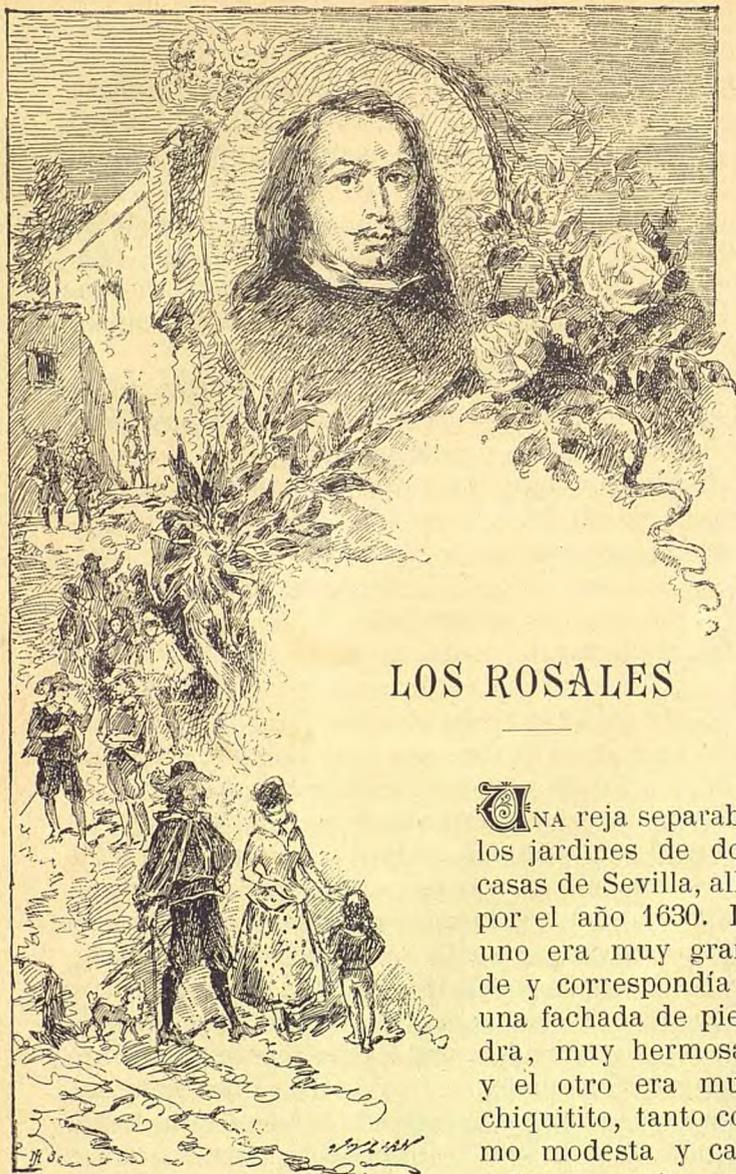
—Están secas, mientras las de los otros árboles están cubiertas de verdes hojas.

—¿Sabes por qué están secas?

—Porque el árbol ha muerto.

—Le mató la hiedra. Comenzó por ser una planta débil y acarició el árbol deslizándose por su pie; luego se enroscó suavemente, y, por último, fué creciendo y acabó por matarle. Así sucede con los vicios, hijo mío: comienzan por parecer cosa insignificante y agradable; luego se enroscan y aprisionan el alma y acaban por matar el alma y el cuerpo. No olvides lo que acaba de decirte el viejo leñador.

Rafaelito bajó la cabeza y se alejó. Metióse en su casa procurando no ser visto, y desde aquel momento renunció á sus malignas travesuras y obedeció á sus padres y maestros. Recordando la lección que había recibido en el bosque, se propuso no cometer faltas para evitar que se convirtieran en vicios y, como había dicho el leñador, acabaran por matar su alma y su cuerpo, como la hiedra había matado el árbol.



LOS ROSALES

UNA reja separaba los jardines de dos casas de Sevilla, allá por el año 1630. El uno era muy grande y correspondía á una fachada de piedra, muy hermosa; y el otro era muy chiquitito, tanto como modesta y casi pobre la casita que

adornaba. Por entre los hierros se enroscaban las enredaderas, cuyas flores, de botones y pétalos amari-

llos, carmesies y azules recreaban la vista y perfumaban el ambiente. Las hojas de dos rosales se besaban á través de la reja, cariño muy natural, pues la tierra de la casita dijo un día al magnífico rosal que crecía en el jardín inmediato:

— Dame una de las semillas. Yo la abrigaré con cuidado y cuando llegue la primavera me abriré para que el delicado tallo que brote se bañe en aire y sol.

El rosal soltó una semilla que se convirtió en otro rosal lozano; y como recordaba su origen, se querían y se contaban todo lo que pasaba en una y otra casa. ¿Cómo lo sabían? Ambos encerraban néctar en sus corolas; y cuando los insectos, que tenían el privilegio de penetrar en las habitaciones, pedían á una de ellas que les permitiese libar una gotita del dulcísimo licor, les contestaban:

— Si me referís lo que habéis visto, tendréis néctar.

Los insectos no se hacían de rogar; y luego las rosas pedían al céfiro que las empujara hacia sus hermanas, y cuando estaban cerca, se decían:

— Oíd lo que me ha contado el insecto.

Unas veces las rosas se ponían más encendidas de lo que estaban, y era que las nuevas las ponían contentas; otras palidecían á impulsos de la tristeza, cosa muy natural, pues cada rosal se interesaba por sus dueños.

Cierta mañana de la estación hermosa, poco después de salir el sol, una mosca escapó zumbando de la casita, y posando el vuelo en una hoja, cerca de la flor, le dijo:

— Buenos días. Veo una gota de rocío que parece una perla. ¿Quieres que beba?

— Págame el servicio contándome lo que sepas.

— Con mucho gusto. Ayer cerraron las ventanas

antes que pudiera salir y me vi obligada á pasar la noche en el cuarto de Bartolomé Esteban.

—¿El niño que vive con sus padres en esta casita?

—Él mismo.

—¿Qué hizo?

—Se acostó muy temprano y se durmió.

—¡Vaya unas noticias las que me das!—exclamó la rosa.

—Al desnudarse se le cayeron algunas lagrimitas.

—¿Por qué lloraba?

—Francisco, el niño que vive en la casa inmediata, se estuvo burlando toda la tarde de él porque sus vestidos no son tan lujosos como los suyos. ¿Puedo beber?

—Sí—le contestó la rosa.

Una vez hubo saciado su sed, la mosca levantó el vuelo, y después de haber ido y venido, vuelto y revuelto, vió á Francisco asomado á la ventana y le picó en la oreja. El niño dióse un fuerte golpe por coger la mosca, pero sólo logró pegarse un cachete, pues aquélla escapó zumbando:

— Por malo lo tienes merecido.

Mientras tanto el céfiro sacudía levemente las plantas, jugaba con las gotas de rocío, que al moverse descomponían la luz y reflejaban todos los brillantes colores del iris y mecía las campanillas blancas, con manchas azules, de una de las enredaderas. Después de algunos esfuerzos, los rosales lograron aproximarse, manteniéndose asidos á la reja por medio de algunas de sus ramas, y hablaron lo siguiente:

—¿Por qué molesta Francisco á Bartolomé Esteban? No puede tenerle envidia, porque Bartolomé es pobre y él hijo de padres ricos.

— ¡Quién sabe!—contestó el otro rosal.—A Fran-

cisco le irrita que todos elogien á Bartolomé por su aplicación y laboriosidad.

—¿Por qué no hace él otro tanto, aplicándose y trabajando?

—Porque dice que siendo rico no tiene necesidad de trabajar.

Oyóse un zumbido y una voz que dijo:

— Dice bien Francisco.

El que así hablaba era un zángano, que se posó sobre una de las flores del rosal del jardín de la casa de Francisco y comenzó á libar néctar.

Oyóse otro zumbido y una voz que dijo:

— Pues hace muy mal.

Eran de una abeja estas palabras. Se detuvo en una de las rosas de la casa de Bartolomé Esteban y chupó el néctar, mientras el zángano la miraba de través.

— ¡Ah! ¿Eres tú?—murmuró en tono burlón.

— Sí, yo soy, dando cumplimiento á la santa ley del trabajo.

— Pues yo prefiero no hacer nada.

— Por eso te llaman haragán y te echan de todas partes, como nosotras nos vimos obligadas á echar-te de la colmena.

— ¡Qué me importa! Mi cuerpo es hermoso como el tuyo; mis alas transparentes como las tuyas; como á ti me dan néctar las flores.

— Pero el que yo libo se convierte, gracias á mi trabajo, en miel y cera.

—¿De qué te sirve tanto afán?

— El campesino me respeta y me quiere porque sabe que le soy útil, y me pone una colmena bien cómoda y abrigada, mientras á ti te desprecia. Cuando me ve, dice:—¡Una abeja! ¡Qué linda! ¡Cómo se afana!—Si te ve á ti, exclama tirándote el pañuelo para alejarte:—¡Un zángano! ¡Fuera de aquí, gandul!

—Todo eso está muy bien—contestó en tono guasón el zángano;—pero luego el campesino se queda con la miel y la cera.

—Es el fruto de mi trabajo, que yo le ofrezco en recompensa del que él ha puesto en prepararme la colmena.

—Pero él saca el provecho.

—Como antes lo he sacado yo, pues el néctar se ha convertido en miel después de haberme alimentado, y la cera no se ha transformado en cirios sino después de haberme servido de celda. Como ves, zángano haragán, trabajando para los demás, trabajo para mí.

—Cuando los cirios se encienden y los niños se comen la miel, ¿qué provecho sacas?

—Uno tan grande, que por sí solo sería bastante recompensa: la gloria. Los niños piensan en la abeja al saborear la miel; y cuando las llamas de los cirios brillan como estrellas en el altar de la Virgen, todos saben que yo he producido la cera.

No sabiendo qué responder el zángano, levantó el vuelo y continuó su vida holgazana. La abeja fuése á su colmena y los rosales quedaron solos.

—¿Sabes—dijo tristemente el de la casa grande,—que me temo que Francisco sea el zángano?

El otro rosal contestó con júbilo:

—Yo tengo la seguridad de que Bartolomé Esteban es la abeja.

Pasaron los días y se convirtieron en semanas, y luego en meses y después en años, y éstos fueron sucediéndose; y los niños Francisco y Bartolomé Esteban se convirtieron en hombres. Los jardines se transformaron. En el de la casa grande crecieron las yerbas, y las ortigas echaron sus raíces cerca del muro, mientras el de la casita de Bartolomé Esteban era cada día más cuidado, más lindo y las flores se

abrían lozanas y ufanosas. El rosal de la casa de Francisco extendía sus ramas cubierto de hojas amarillentas, mientras el otro las ostentaba frescas y verdes. Su cariño era el mismo de antes. El viento aproximó uno al otro.

— ¡Cuánto me molestan estas ortigas! Me arañan y privan á mis raíces de su alimento, que ellas absorben. Por eso mis hojas están mustias. ¡Dichoso tú!

— Quisiera poder consolarte y comunicarte mi alegría. ¿Es posible que Francisco te tenga tan abandonado?

— Mi estado es imagen de su situación. La holganza, que es madre de los vicios, le ha arruinado. Sólo le queda esta casa, de la cual le echarán en breve, según me ha dicho un mosquito que la otra noche le oyó lamentarse. Ahora comprende que el trabajo es una santa ley impuesta á la criatura. Quisiera trabajar y no sabe, porque no aprendió de niño. Pero dime: ¿qué pasa en tu casa? ¿Por qué entra tanta gente principal en ella?

— Bartolomé ha pintado un cuadro de la Virgen; y según me ha referido una mariposa que ha entrado en el taller sólo por verlo, la Madre de Dios está representada con tanta perfección, que parece que la aurora y las flores han dado sus matices al pintor. A los pies de la Virgen hay ángeles con la sonrisa en los labios y la luz del cielo en los ojos, y el espacio está encendido por los arboles más purísimos. Oye lo que dicen estos caballeros que salen.

Los rosales se estuvieron quedos por no perder una palabra, y oyeron que uno de los caballeros decía á los demás:

— Confiesen vuestras mercedes que debemos enorgullecernos de que haya nacido en Sevilla Bartolomé Esteban Murillo, gloria de España y el primero de nuestros pintores.

— ¿Has oído?

— Sí—contestó con tristeza el rosal de la casa de Francisco.

— ¿Qué hombres son esos que están en tu jardín?

— No lo sé: oigamos.

Varias personas, entre ellas un escribano y dos alguaciles, penetraron en la casa contigua. Se detuvieron cerca del rosal y hablaron lo siguiente:

— Duéleme, en verdad, echarle de esta casa; pero él tiene la culpa, pues á Francisco le dejaron sus padres rica herencia, que ha malbaratado con sus vicios; y como nunca quiso trabajar, creyendo que los ricos no tienen necesidad del trabajo, no ha podido reponerla.

— Razón lleva vuesarcé en lo que habla—contestó el escribano. Si de niño hubiese trabajado, hoy no le amenazaría la miseria.

Entraron en la casa, mientras de la otra continuaban entrando y saliendo caballeros y señoras, todos elogiando á Murillo.

— ¿Has oído?—preguntó con melancolía un rosal al otro.

— Sí—contestó el interrogado con sentimiento, pues los males ajenos siempre dan pesadumbre.—Si mis flores van á parar á manos de algún niño, yo le diré muy quedo al oído:—Trabaja, niño querido, para que cuando seas hombre puedas alcanzar el aplauso de los demás y librarte de la miseria. Ten en cuenta que ni los ricos están libres de ella.



JUANITO tenía diez años, ojos grandes como manzanas, negros como moras, y labios semejantes á su fruta favorita, las cerezas. Era aficionado á ellas con locura, y con ser tantas las que pesaban en las ramas de un cerezo que había delante de su casa, llevaba la cuenta de ellas, comiéndose todos los días las que estaban más maduras, no sin que algunas veces, por falta de medida en el comer, que todo la requiere en este mundo, y por pecar de goloso, que es cosa fea como todo pecado, hallase en éste la penitencia y lo purgara con indigestiones. Cuando estaba en cama y á dieta, hacía formal propósito de enmienda, que duraba tanto como la indisposición, pues no

tenía fuerza de voluntad bastante para abstenerse de lo que no le convenía.

Si las cerezas gustaban á Juanito, también gustaban á los gorriones; y como en el elegir la fruta sazónada son maestros los pájaros, abrían con su pico un agujero en las más maduras y azucaradas y se recreaban comiendo y bebiendo á un tiempo. Pero lo que era solaz para los gorriones, era desesperación para el niño, que se ponía furioso cada vez que al coger una cereza la hallaba picada; y aunque hubiesen dejado para él la mejor parte, no se consolaba, por más que los gorriones al picotear cantasen:

¡Qué rica está! ¡Pí, pí, pí!
Hay para ti y para mí.

—Ahora verás lo que hay para ti—decía Juanito echando espumarajos de rabia, sin tener en cuenta que los niños se ponen muy feos cuando tal hacen, porque la ira es cosa del infierno. Cogía piedras y las tiraba á los gorriones, acertándoles algunas veces; y cuando caían atontados, los remataba para que no volvieran á comerse sus cerezas. También tenía guerra declarada á los insectos, porque á veces encontraba en ellas algún gusanillo que las tomaba por morada; y cuando los veía en el suelo ó en las flores, los aplastaba, repitiendo lo que decía cuando mataba algún gorrión: ✕

—De nada sirven, á no ser para hacer daño.

El tío Pedro, que cuando niño había recibido algunas lecciones del Sr. Cura, que le había enseñado á leer y á escribir inculcándole buenas máximas, observaba á Juanito que en este mundo todo tiene su destino y utilidad, desde el hombre al último insecto; pero Juanito se burlaba de él y continuaba

apedreando á los gorriones. Fué el caso que éstos se dieron por ofendidos, con sobrado motivo; y como además de la ofensa había el constante peligro que corría su existencia, resolvieron emigrar, y así lo hicieron; con lo cual las langostas, que quedaron en completa libertad, pues ya los gorriones no se las comían como antes, despacharon una emisaria á sus vecinas para noticiarlas que en aquella comarca no había gorriones; y á ella volaron todas, en tanto número que parecían nubes, pues llegaron á interceptar los rayos del sol, y se comieron los sembrados de los campos y de las huertas del padre de Juanito; pasando la familia un invierno muy rigoroso y con él algunos días de hambre, todo por no permitir á los pájaros picotear unas cuantas cerezas. Como el niño era testarudo, no quiso darse por convencido, pero hubo de ceder ante las reprensiones de su padre que le prohibió molestar á los gorriones. Mas éstos, escarmentados, no volvían. Un día el padre pudo proporcionarse uno que un amigo suyo, que vivía á algunas leguas de distancia, había cogido en el nido; se lo llevó á su casa, crióle con tanto mimo que el pájaro hacía mil monadas, saltaba á la mesa y comía las migajas de pan que quedaban en los manteles y seguía, revoloteando, á los de la casa. Diéronle las cerezas más maduras, que el gorrión picoteaba con fruición; y cuando ya sus alas tuvieron bastante resistencia para sostenerle en el aire, el padre le sacó al campo y le dijo:

†—Gorriñcito, gorriñcito: si me entiendes, vé á dónde están tus hermanitos y diles que aquí comerán tantas langostas como quieran y refrescarán chupando el jugo de las cerezas.

Abrió luego la mano; el pájaro le dió dos picotazos en la palma, sin duda para mostrar su gratitud y alegría, y luego tendió el vuelo piando:

¡Qué rica está! Pí, pí, pí,
Hay para mí y para ti.

Sus compañeros le recibieron con grandes muestras de alborozo porque le creían muerto; preguntáronle de dónde venía y contestóles que de una tierra donde había langostas en abundancia y muy ricas cerezas, invitándoles á ir á ella; pero como había en la banda muchos gorriones viejos, disuadieron á los demás de su primer impulso, que fué volar hacia allí. +

Mas tanto insistió el emisario y tan grandes fueron las seguridades que les dió, que ordenaron le acompañara uno de los más viejos y listos para cerciorarse de si era exacto lo que decía. Llegaron al cerezo, no sin haberse atracado antes de langostas; y el gorrión viejo, si bien metió el pico en la fruta, no apartó los ojos de Juanito, pues recordaba una pedrada que antes de emigrar le había tirado estropeándole dos plumas de la cola; pero el niño se estuvo quieto, aunque de mala gana, recordando las órdenes de su padre; y los pájaros pudieron comer á su sabor, repitiendo, aunque con una variación: X

¡Qué rica está! ¡Pí, pí, pí!
Hay para ti y para mí.

+ Volaron á dar aviso de lo que pasaba, y todos los gorriones abrieron las alas y se fueron á los campos y á las huertas del padre de Juanito, dando tan buena cuenta de las langostas, que á los pocos días no quedaba una, pues las que salvaron la vida escaparon; con lo cual al año siguiente la cosecha fué muy abundante, gracias al sacrificio de unas cuantas cerezas. Pero como los gusanillos continuaban metiéndose en algunas, Juanito seguía matando insectos, ya que no gorriones, y repetía: X

+ — De nada sirven, á no ser para dañar.

Ocurrió cierto día que la noche sorprendió á Juanito en el bosque, y oyó un aullido que parecía decirle:

¡Oh! ¡oh! ¡oh!
¡que me lo como yo!

El niño conoció la voz del lobo y echó á correr espantado; pero cada vez oía más cerca: X

¡Oh! ¡oh! ¡oh!
¡que me lo como yo!

Juanito no cesaba de correr, pero con tan poco tino que acabó por extraviarse; y ya el aullido del lobo resonaba tan cerca de sus oídos, que parecía que el aliento de la fiera humedecía su cogote, cuando vió una lucecilla; y creyendo que procedería de una casa, echó á correr en dirección á ella dando fuertes gritos. Llegó donde estaba la lucecita, que brillaba encima de la hoja de un rosal, y á los pocos pasos vió la casa. El lobo le tocaba los talones y repetía:

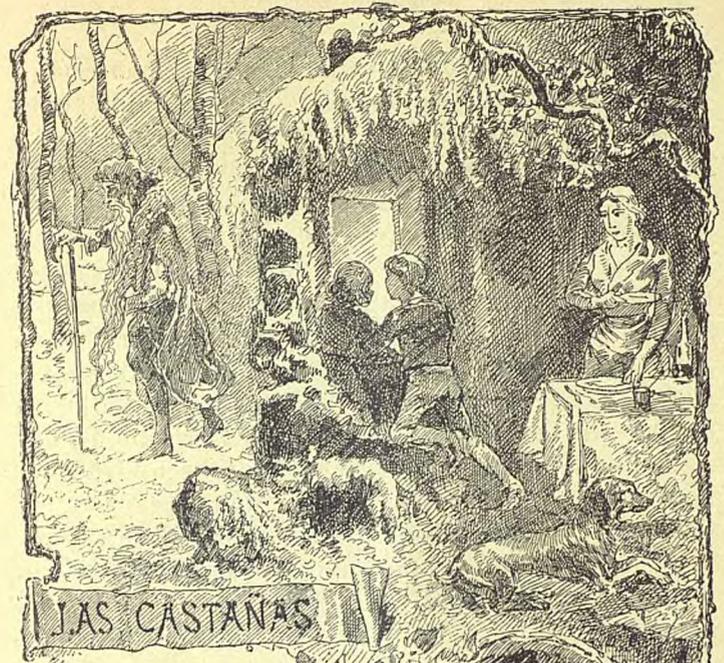
¡Oh! ¡oh! ¡oh!
¡que me lo como yo!

Un gorrión que estaba encima de una piedra, voló espantado y sin saber adónde iba; y como la piedra difícilmente mantenía el equilibrio, lo perdió al volar el pájaro, rodó en el momento de pasar el lobo, que ya abría la boca para coger á Juanito, y cayó sobre el lomo de la fiera, que creyendo le daban caza, dió una vuelta y echó á correr en dirección contraria, aullando:

¡Hi! ¡hi! ¡hi!
¡que me comen á mí!

En aquel momento salía el padre de Juanito armado de una escopeta, y como era buen cazador alcanzó al lobo de un tiro dejándole muerto. Al ver los afilados dientes de la fiera, se estremeció el niño, porque tocaba de cerca el peligro que había corrido de ser destrozado por ellos; y como aun brillase la lucecita que le había guiado, se acercó al rosal y en una de las hojas vió un insecto, una luciérnaga, á la que debía la vida, además de debérsela al gorrión. Cuéntase que desde entonces ya no dijo que los gorriones y los insectos para nada servían y se restableció por completo la paz entre ellos y Juanito, aunque debiese pagarles como tributo algunas cerezas; y

¡Colorín colorado!
El cuento se ha acabado.



LAS CASTAÑAS

LA familia de Juan Honrado estaba reunida al rededor del hogar donde se levantaba una hermosa llama y chisporroteaban, gimiendo antes al soltar los restos de savia, gruesos tizones que en



abundancia proporcionaba el bosque. Juan era hombre de cincuenta años, fornido y robusto, que se dedicaba al cultivo de la tierra y á la felicidad de su familia, compuesta de su esposa, de nombre Concepción; de Perico, hermoso niño de doce años, y de Pablito, no menos bello, que contaba diez. Después de cenar en paz y gracia de Dios, habían rezado el rosario y luego comido unas cuantas castañas que se asaban en el rescoldo, alegrando á los niños su ¡pim! ¡pum! con que anunciaban que pronto estarían á punto, al mismo tiempo que hacían saltar la ceniza que las cubría, no sin que á veces molestara á Chelín, perro de caza que dormitaba apoyado el hocico en ambas patas, quien, en este caso, se limitaba á levantar una para sacudirse la ceniza de las narices, al mismo tiempo que abría un ojo para enterarse de lo que pasaba, volviendo á los pocos momentos á quedar cerrados los dos y él dormido.

El viento entraba por el cañón de la chimenea murmurando débilmente y se oía en el exterior un ruido pausado, que era el producido por una gran nevada; rumor que convidaba á extender las manos hacia la llama y á restregárselas después con fruición. Los niños, más que en el frío, pensaban en las castañas; y mientras las comían hubieran deseado adelantar el tiempo y que ya hubiese salido el sol del siguiente día, porque estaban en vísperas de Reyes, tenían preparados los zapatitos y anhelaban saber en qué consistirían los presentes de aquel año. Perico esperaba hallar un caballo de madera muy bonito, con cola y crines muy largas, y un carrito al que pudiese engancharlo; y no se atrevía á esperar más, porque sabía que es muy conveniente ser moderado hasta en el deseo, por no sufrir después tristes desengaños. Su hermanito contaba hallar una

pareja de bueyes de cartón y una carreta; además una escopeta de esas que disparan bolitas de papel á manera de balas; un trompo y otras cosas. Como Perico sabía que los presentes de los Santos Reyes Magos corresponden á la conducta de los niños, se daba por muy satisfecho con el caballito y el carrito, pues recordaba que alguna que otra vez, si no había hecho enfadar á sus padres, en cambio no había sido todo lo diligente que debía en el cumplimiento de sus órdenes; pero Pablito, que era muy perezoso y bastante testarudo, defectos ambos muy malos, les había dado más de un motivo de disgusto, lo que no era obstáculo para que se creyera mejor que su hermano y esperara hallar más juguetes dentro de su zapatito. Perico era compasivo, y cuando se le presentaba ocasión partía el pan de su almuerzo ó merienda con los pobres; Pablito también era compasivo, pero esta cualidad estaba bastante deslucida por el egoísmo; y al dar á los pobres les escatimaba una parte, y, la verdad sea dicha, hubiera preferido comérsela.

Mientras uno y otro estaban pensando en la aurora del siguiente día, se oyeron como débil eco, muy débil, campanadas del reloj de la iglesia del pueblo, que estaba algo distante. Levantóse Juan Honrado, encendió un candil y dijo:

—Son las nueve, hijos míos. A la cama y que Dios nos conceda una buena noche.

—Buenas noches — contestaron todos.

Ocho castañas sobraron, y Perico y Pablito se las repartieron, si bien el segundo quedóse las más gordas. Al subir los niños, acompañados de su madre, el primer peldaño de la escalera que conducía á su cuarto de dormir:

—¡Pam! ¡Pam! ¡Pam! — resonaron tres golpes en la puerta.

—¿Quién será á esta hora y con este tiempo?— preguntó Juan.

Dirigióse á la puerta, y después de haber mirado á través de una rendija para reconocer al que llamaba, abrióla y penetró en la casa un hombre alto, algo encorvado, apoyado en un nudoso palo que tenía en su extremo inferior gruesa punta de hierro. Parecióles á los niños que al entrar aquel hombre despedía algunos brillantes fulgores, pero luego creyeron que era efecto de la nevada. El recién llegado dijo:

—¡La paz de Dios sea en esta casa!

—Y contigo — contestaron todos.

—¿Queréis darme hospitalidad?

—Acércate á la lumbre, pues el frío te tendrá aterido.

Aquel hombre sonrió; sacudióse la nieve que cubría sus vestidos y se aproximó al fuego, tomando asiento en un taburete. Entonces los niños pudieron mirarle á su sabor, pues se quitó el capuchón adherido á un capote de pieles de carnero y apareció su cabeza cubierta de cabellos muy largos, muy rizados, y tan blancos que lo eran más que la nieve. Del mismo color eran sus cejas y la barba que le llegaba hasta la cintura. Su aspecto era el de un hombre viejo, muy viejo, pero al mismo tiempo tan fuerte que parecía hallarse en todo el vigor de su juventud. Los niños no se cansaban de mirarle y él les preguntó sonriendo:

—¿Sois buenos?

—Sí, señor — contestó Pablito.

—No del todo — dijo Perico.

El anciano volvió á sonreír, y á Perico parecióle que nunca labios humanos habían sonreído como los de aquel hombre.

—¿De dónde vienes?—le preguntó Juan Honrado.

—De donde nace el sol.

—¿Adónde vas?

—Recorro el mundo entero.

—¿A pie?

—Jamás me canso.

—¡Cuántas veces te habrás extraviado en el camino!

—Nunca, porque tengo por guía una estrella.

—¡Cuánto me gustaría correr mundo!—exclamó Perico.

—Hijo mío—contestó el viejo;—para los niños el mundo ha de estar concentrado en el hogar y en el cariño de sus padres.

—¿Traerás apetito?—le preguntó Juan.

—Casi es hambre.

—¡Pobre hombre!—exclamó Perico:—yo tengo cuatro castañas. Tómalas.

El anciano las aceptó y principió á comerlas, y cuando hubo terminado, dijo mirando á Pablito:

—He de confesar que comería más.

Pablito vaciló un instante; metióse la mano en el bolsillo y sacó una castaña que presentó al viejo, diciéndole:

—Toma ésta.

—Me parece que no me la das sin disgusto.

El niño se ruborizó y balbuceó:

—No tengo otra.

—La mentira es un grave defecto, añadió el viejo.

Pablito volvió á meterse la castaña en el bolsillo, y en vez de confesar su falta se fué á un rincón, muy enfadado con el viejo, cuando debía estarlo consigo mismo por haber mentido. Concepción, entretanto, había preparado algunos manjares, que el anciano comió con apetito. Cuando hubo terminado la cena, se levantó, cogió el palo, echóse el capuchón y dijo:

—Dios te pague la hospitalidad que me has dado, Juan.

—¿Te vas? La noche está muy mala.

—Quédate—añadió Perico;—yo dormiré con mi hermano y te cederé mi cama.

El viejo tocó la cara del niño y á Perico parecióle que aquella mano era muy blanda y muy fina. Pablito no se movió del rincón en que estaba porque aun le guardaba rencor al desconocido. Salió el anciano, y en cuanto estuvo fuera, todos pegaron el rostro á los vidrios de la ventana atraídos por la curiosidad, y le vieron andar por encima de la nieve y á través del bosque con mucha rapidez, porque á cada paso adelantaba más terreno. También vieron que al llegar delante de las chozas se detenía, miraba á través de las ventanas y volvía á andar, hasta que le perdieron de vista. Entonces fuéronse todos á la cama. Mientras subían la escalera, Perico metióse la mano en el bolsillo buscando las castañas, y como no las hallara recordó que las había dado al viejo, y lejos de pesarle estuvo muy contento, pues había contribuido á apagar su hambre. Otro tanto hizo Pablito, y al hallar las suyas, mucha fué su alegría por estar las cuatro y haberse guardado la que, con poco deseo de que fuese aceptada, había ofrecido. Rezaron sus oraciones, se acostaron, durmiéronse y soñaron que de los zapatitos salían bueyes, caballos, carretas, trompos y mil otros juguetes; y en cuanto amaneció, despertaron, se vistieron precipitadamente y corrieron al punto donde aquéllos estaban. Dentro de cada uno de ellos hallaron cuatro castañas. Los niños se miraron sorprendidos y poco satisfechos. Perico cogió una castaña y exclamó:

— ¡Cuánto pesa!

— Pues ésta no pesa nada.

La castaña que tenía en la mano Perico se abrió y de ella salieron dos caballitos pequeños como pulgas, que fueron creciendo hasta llegar al tamaño de perros chiquitines, con cola y crines muy largas y rizadas; pero no eran de cartón, sino de carne y hueso, y se movieron haciendo mil monadas. En la cáscara de la castaña había escrito: «Modestia». Pablito se apresuró á abrir la suya, y dentro sólo halló un papel con estas letras: «Testarudo». La segunda castaña que había en el zapatito de Perico se abrió á su vez y apareció un carrito pintado de amarillo y encarnado, cuyo tamaño fué aumentando hasta ser proporcionado al de los caballitos; de la tercera saltó un trompo dorado que se puso á dar vueltas, y á cada vuelta que daba salían de él muchos juguetes que hacían lanzar exclamaciones de júbilo al niño; de la cuarta salieron cuatro castañas, que fueron creciendo hasta ser tan grandes como melones, y tan hermosas que nada que á ellas se asemejase había visto; y en la cáscara tenían escrito en letras de oro: «Caritativo». Cuando Perico se volvió hacia su hermanito para que participara de su alegría, le halló con los puños en los ojos llorando á lágrima viva, porque también había encontrado vacías las otras tres castañas, pero con estas letras: «Mentiroso». Perico procuró consolarle y le ofreció la mitad de sus juguetes.

—No los merezco—sollozó Pablito;—aquel hombre de ayer noche lo ha contado todo á los Santos Reyes.

Los padres se echaron á discurrir quién sería aquel viejo. Después de haber tomado el desayuno fuéronse todos á misa y encontraron en el sendero otros niños, que también llevaban muy contentos sus juguetes, si bien alguno tenía los ojos encendidos de haber llorado, pues por malo sólo había reci-

bido carbón como presente. Al salir de la iglesia les detuvo el guardabosque, quien dijo á Juan:

— Yo sé á quién diste ayer hospitalidad en tu casa.

— Dime, ¿quién era aquel viejo?

— Uno de los criados de los Santos Reyes Magos, que todos los años los envían la víspera á enterarse de cómo se han portado los niños para ponerles en el zapatito juguetes si son buenos, y carbón si son malos.

— Ya decía yo — pensó Pablito — que aquel hombre había ido á contárselo á los Santos Reyes.

Pero Pablito aprovechó la lección, dejó de ser testarudo, perdió el defecto del egoísmo, fué muy obediente, y al año siguiente halló el zapato lleno de juguetes, lo mismo que su hermano. La víspera el criado de los Reyes Magos no estuvo en su casa, como la otra vez; pero el guardabosque afirmó que al pasar le había visto detenerse y mirar al través de la ventana para enterarse de cómo se habían portado los niños durante el año.



